UNIVERSITÉ DE GENÈVE

Archive ouverte UNIGE
https://archive-ouverte.unige.ch

Chapitre de livre 2017 Published version Open Access

This is the published version of the publication, made available in accordance with the publisher's policy.

Introducción : ¿Por qué exhumar? ¿Por qué identificar?

Garibian, Sévane; Anstett, Elisabeth; Dreyfus, Jean-Marc

How to cite

GARIBIAN, Sévane, ANSTETT, Elisabeth, DREYFUS, Jean-Marc. Introducción : ¿Por qué exhumar? ¿Por qué identificar? In: Restos humanos y identificación. Violencia de masa, genocidio y el 'giro forense'. Sévane Garibian, Elisabeth Anstett & Jean-Marc Dreyfus (Ed.). Buenos Aires : Miño y Dávila, 2017. p. 9–20.

This publication URL: https://archive-ouverte.unige.ch/unige:94403

© This document is protected by copyright. Please refer to copyright holder(s) for terms of use.

Introducción:
¿Por qué exhumar? ¿Por qué identificar?

Sévane Garibian, Élisabeth Anstett y Jean-Marc Dreyfus

Este libro surge de la segunda conferencia anual del programa de investigación "Los cadáveres en las violencias de masa y los genocidios", celebrada en Manchester entre el 9 y el 11 de septiembre de 2013, que forma parte de un estudio en tres fases.[1] La primera fase, que fue el tema de una conferencia en París en 2012 y su posterior publicación, se centró en el tratamiento de los cadáveres justo después de los asesinatos (Anstett y Dreyfus, 2014). Estudiar el destino de los cadáveres que fueron abandonados, destruidos, desarmados, ocultados, negociados o profanados en situaciones de violencia de masa ayudó a abrir nuevas vías de investigación, lo que demuestra, en particular, la dimensión del procedimiento de violencia extrema y aclara cómo la ideología de los agentes de la muerte se traduce, una vez más, en el mero manejo de los cuerpos (ver también Anstett, Dreyfus y Garibian, 2013).

La segunda fase del programa, las conclusiones preliminares que se presentan en las contribuciones de este volumen,[2] examina el tratamiento de los cadáveres y de los restos humanos después del desastre, centrándose específicamente en su posible descubrimiento e identificación. El estudio de estas dos empresas separadas –la búsqueda de cadáveres y su identificación– se mantuvo tradicionalmente en manos de la ciencia forense y, hasta ahora, sólo marginalmente ha atraído el interés de la historia, la antropología social o el derecho a pesar de la magnitud de sus respectivos campos de aplicación. En este contexto, una de las principales contribuciones de este volumen es conectar las ciencias sociales y forenses, por primera vez, en un análisis conjunto y comparativo de cómo las sociedades se involucran en el proceso de búsqueda e identificación de los cadáveres producidos por la violencia de masa y, con ello, iniciar un diálogo verdaderamente interdisciplinario.

---

1. Beneficiario de una *Starting Grant* del European Research Council, Nº 283-617. Visitar el sitio web: www.corpsesofmassviolence.eu

2. Más estudios fueron publicados en *Human Remains and Violence: An Interdisciplinary Journal*, que fue lanzado por Manchester University Press en la primavera de 2015.

La tercera fase del programa, que investiga el lugar de los restos humanos en el proceso de patrimonialización y conmemoración de la violencia extrema, fue también el tema de una conferencia en septiembre de 2014[3] y de un tercer volumen publicado en esta serie (Dreyfus y Anstett, 2016).

Por lo tanto, las contribuciones a este volumen documentan, en contextos muy diferentes, el destino específico de los cadáveres después de la vida y la variedad de técnicas y tecnologías utilizadas para su localización e identificación. Estos textos toman como punto de partida la observación –que impacta a cualquiera que simplemente lea las noticias– de que la última década del siglo xx y los primeros años del siglo xxi fueron testigos de un tremendo resurgimiento de cadáveres producidos por la violencia extrema del siglo xx, decenas de cadáveres y, a veces, cientos de miles en muchos países. Hay muchos casos, desde la búsqueda de los antropólogos forenses de los "desaparecidos" por la dictadura argentina, a partir de 1983, hasta la identificación, ya casi sistemática, de los cuerpos de las víctimas de los crímenes cometidos en Bosnia y la utilización del trabajo de los patólogos forenses por el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia en 1995, o incluso la apertura a gran escala –recién a partir de 2000– de las fosas comunes de la Guerra Civil Española. En Ruanda, las víctimas del genocidio cometido contra los tutsis fueron exhumadas y enterradas de nuevo, a veces en varias ocasiones, decenas de miles entre 1994 y la actualidad. Este caso de escala incomparable, que a veces se acompaña de la exposición de ciertos restos humanos o de cuerpos enteros en monumentos como los de Murambi o Ntarama, contrasta fuertemente con la situación en Camboya, donde se perpetraron crímenes masivos entre 1975 y 1979. Hasta ahora, no se ha realizado ningún intento considerable de recuperar o identificar los cuerpos de las víctimas de los jemeres rojos, si bien se han reunido algunos huesos en monumentos locales.

Los estudios en los que se basa este volumen, limitados a los siglos xx y xxi, se ocupan del destino de los cuerpos de las víctimas civiles causadas por la violencia masiva y el genocidio. De ninguna manera pretenden ser exhaustivos, pero buscan tratar una serie de casos importantes teniendo en mente un fin comparativo y exploratorio. Por lo tanto, el tratamiento de los restos de los soldados no entra dentro del ámbito de nuestro programa de investigación. Por supuesto, las primeras exhumaciones masivas del siglo pasado fueron iniciadas por los Estados europeos después de la Primera Guerra Mundial, en una empresa sin precedentes de identificación y repatriación de los cuerpos de los combatientes.[4] Además, las técnicas para el manejo a gran escala de cadáveres y restos humanos para

3. http://cria.org.pt/site/images/Programme-Corpses-in-Society.pdf (consultada el 20 de enero de 2014).

4. Véase, acerca de este proyecto en Francia e Italia, Pau-Heyriès (2008).

su clasificación y el mantenimiento de registros, fueron desarrolladas por los militares antes de que los organismos civiles se vieran obligados a hacerlo. El Mando Conjunto para el Paradero de Prisioneros de Guerra y Desaparecidos en Acción (JPAC, por sus siglas en inglés),[5] un gran laboratorio forense del ejército estadounidense situado en la isla de Oahu en Hawai, continúa trabajando para identificar los cuerpos de los soldados muertos en el teatro del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la búsqueda y la identificación –de los cuerpos de los combatientes– siguen una lógica específica del mundo militar que, al parecer, no puede ser transferida a la sociedad civil sin acarrear importantes dificultades teóricas y metodológicas.

Entonces, desde el comienzo, las cuestiones abordadas en este volumen están organizadas en torno a dos temas distintos pero intrínsecamente conectados: búsqueda e identificación. Sin embargo, la búsqueda de los cuerpos o restos humanos y, antes, de las fosas comunes o de las individuales, cuando las hay, no conducen automáticamente a los intentos de identificación. Por lo tanto, tenemos que distinguir cuidadosamente entre las dos empresas. Así, en el caso de la exhumación de las víctimas de la Gran Purga –llevada a cabo en Rusia con un rendimiento muy limitado después de la caída de la URSS– el descubrimiento de fosas comunes y de huesos no fue acompañado de procedimientos forenses para la identificación de los cuerpos y, mucho menos, de investigación sobre el ADN de las víctimas. Ciertamente, los objetos, la ropa y los documentos encontrados en las fosas ofrecen algunas indicaciones legibles pero, hasta el día de hoy, no se ha hecho ningún intento sistemático para determinar la identidad de los restos humanos, como nos lo recuerda en este volumen Viacheslav Bityutskii, director de la ONG Memorial, que supervisó las exhumaciones en la región de Voronezh.

Además, a veces los cuerpos reaparecen sin haber sido buscados. Así fue en el barranco de Babi Yar en Kiev, donde los judíos de la ciudad habían sido asesinados y apresuradamente enterrados en septiembre de 1941 (33.771 personas, según las estadísticas oficiales de los asesinos alemanes). A fines de 1960, una represa cercana se rompió y la inundación posterior desenterró cientos de cuerpos que luego fueron enterrados nuevamente sin ningún intento de identificación.[6] Se pueden citar otros casos como las fosas del campo de concentración de Dachau, descubiertas por casualidad durante los trabajos de excavación para la construcción de una carretera en 1948. Los cuerpos desenterrados fueron identificados por medio de la medicina forense de la época.[7] Incluso hay casos donde se

5. N. de las T.: En inglés, *Joint POW/MIA Accounting Command.*

6. Karel Berkhoff, *XXX, Lessons and Legacies*, septiembre de 2014.

7. Acerca del descubrimiento de la fosa común en Leitenberg, véase Marcuse (2001: 142-50).

produjo el descubrimiento *e* identificación de los cuerpos sin haber sido objeto de una búsqueda anterior, pero siguen siendo numerosos los casos de búsqueda y localización de fosas comunes, de cuerpos exhumados y vueltos a inhumar sin ningún intento de identificación. Este hecho puede explicarse, principalmente, por la falta de recursos técnicos y financieros pero, también, como en Ruanda o los territorios de la antigua Unión Soviética, por razones políticas cuando la identificación sistemática de cadáveres pone en riesgo la desestabilización de la sociedad o del partido político en el poder, creando problemas que superan los beneficios esperados de un nuevo entierro.

A la fecha, los casos mejor documentados de una búsqueda a gran escala de restos humanos (con o sin identificación) siguen siendo los de Ruanda, las dictaduras latinoamericanas, Bosnia y España. Sin embargo, las dimensiones de estos asesinatos son muy variadas, y la proporción de víctimas identificadas también difiere considerablemente. Así, alrededor de 1.300 cuerpos de personas desaparecidas en la Argentina han sido recuperados en los treinta y tres años de trabajo del EAAF (Equipo Argentino de Antropología Forense). Hasta el momento, unos 720 ya han sido identificados y mediante autorización judicial restituidos a sus familiares, con nombre y apellido. En Bosnia, de los cien mil muertos en la guerra, han sido identificadas por su ADN catorce mil víctimas exhumadas, de las cuales 6.877 eran del genocidio en Srebrenica.[8] Más de 6.500 cuerpos fueron exhumados en España desde 2000; aún se desconoce el número de personas identificadas, pero varios cientos de fosas que contienen decenas de miles de víctimas permanecen intactas.[9] Y teniendo en cuenta que más de 250.000 cuerpos han sido vueltos a enterrar solo por el Kigali Memorial Centre, el número total de víctimas del genocidio de los tutsis, así como el de las exhumaciones realizadas por Ruanda sigue siendo incierto en la actualidad. En cuanto a los cuerpos y restos de los seis millones de judíos víctimas del Holocausto, sólo un porcentaje minúsculo de ellos fue exhumado y un porcentaje, aun menor, identificado.

Estos casos, emblemáticos del patrimonio de la extrema violencia del siglo XX, nos plantean preguntas acerca de la aparición de un "giro forense", en palabras del historiador Robert Jan van Pelt en la Conferencia de París en septiembre de 2012. En primer lugar, este giro forense puede ser caracterizado por la llegada de los patólogos y antropólogos

8. Cifras proporcionadas por la ICMP en su página web, 15 de octubre de 2013; véase http://www.ic-mp.org/icmp-worldwide/southeast-europe (consultada el 20 de enero de 2014). (N. de las T.: Comisión Internacional sobre Personas Desaparecidas, ICMP por sus siglas en inglés, *International Commission on Missing Persons*).

9. Véase el mapa oficial publicado por el Ministerio de Justicia de España, disponible en: [http://mapadefosas.mjusticia.es/exovi_externo/CargarInformacion.htm] (consultado el 19 de febrero de 2014).

forenses al escenario de la violencia masiva y del genocidio como decisivos agentes de prácticas en la búsqueda de cuerpos cuyas dimensiones políticas, sociales y diplomáticas se manifiestan inmediatamente. Estos patólogos y antropólogos forenses ven ahora respaldada su legitimidad por el aumento de la eficacia de su trabajo y el uso de tecnologías avanzadas, como la geolocalización y la identificación del ADN. Este giro forense, esencialmente globalizado, está facilitado por el movimiento de profesionales de todo el mundo, que llevan su conocimiento experto –y su equipo– a las cuatro esquinas del globo y, a veces, participan en la formación de equipos locales.[10] Un informe de sus orígenes podría estar en el proceso de ser ofrecido, centrado en la figura del Dr. Clyde Snow, un patólogo estadounidense que estuvo presente como consultor en Bosnia desde 1992, y que llevó su conocimiento experto a los equipos encargados de la primera exhumación realizada en Argentina en los primeros años de la década de 1980 (Snow, 1982; Snow *et al*., 1984). Como una figura crucial en la aparición de este potencial "giro forense", Clyde Snow ayudó a fundar el EAAF, que hasta hoy ha estado trabajando para identificar los cuerpos de las personas desaparecidas, interviniendo en docenas de países de todo el mundo; el director, Luis Fondebrider, fue invitado a nuestra conferencia en Manchester.

La temporalidad de la búsqueda y la identificación de los cadáveres, y no sólo su carácter globalizado, es, pues, un elemento importante en el análisis de estos fenómenos. En algunos países, la búsqueda de los cuerpos comenzó inmediatamente después de las masacres, como en Polonia en 1945, donde los sobrevivientes judíos trataron de dar a las víctimas de las marchas de la muerte un entierro digno (Finder, 2008). Pero en España, no fue sino hasta sesenta años después del final de la guerra civil, y veinticinco años después de la restauración de la democracia, que la primera exhumación de los muertos republicanos pudo tener lugar (mientras que los cuerpos de los combatientes franquistas y civiles habían sido honrados mucho antes). Por tanto, debemos tener en cuenta que el momento de la exhumación siempre depende del contexto político (y a veces geopolítico), como de la política nacional de la amnistía o la política local de la memoria. Esta cronología también depende de los contextos sociales únicos y complejos que permiten (a través de la aparición de un consenso) o impiden (cuando las divisiones persisten) la búsqueda de los restos de las víctimas.

Así, los colaboradores de este volumen han tratado de responder a muchas preguntas relacionadas con las condiciones y términos de la rápida aparición de este "giro forense". Han investigado a los agentes y las acciones a través de los cuales los cuerpos son recuperados y/o iden-

10. Acerca de la circulación de los especialistas forenses, véase Koff (2004).

tificados, las prácticas y técnicas utilizadas y, por último, los motivos e intereses que explican la aparición de exhumaciones masivas. ¿Quién es el responsable de las exhumaciones? ¿Quién toma la iniciativa, después de haber sido otorgado el derecho a hacerlo legítimamente, y cómo se construye esa legitimidad? Los agentes presentes en este campo son, a menudo, muchos y variados, incluyendo a las familias, las organizaciones no gubernamentales, las instituciones civiles, religiosas y judiciales, las asociaciones de sobrevivientes, los jueces y hasta los medios de comunicación. Las contribuciones combinadas aquí muestran que los agentes pueden ser locales o nacionales, a menudo reforzados por una intervención (técnica, legal, política o financiera) que emana de otra parte y, con frecuencia, desde el extranjero, a través de los tribunales penales, las organizaciones gubernamentales o no gubernamentales, o las fuerzas de ocupación o de mantenimiento de la paz.

En cuanto a las técnicas utilizadas para la búsqueda e identificación de los cuerpos, a pesar de las múltiples limitaciones, éstas pueden ir desde las más rudimentarias –localización de fosas masivas por testigos directos o sobrevivientes, y exhumaciones a pala o a mano– hasta las más sofisticadas como el uso de equipo de detección remota, el establecimiento de prospecciones arqueológicas, de área amplia, para cadáveres, y el uso de análisis de laboratorio para decodificar las muestras de ADN. De por sí, las exhumaciones masivas y los procedimientos de identificación realizados durante el siglo XX generaron importantes transferencias de conocimiento experto y una estandarización progresiva de las prácticas. Estos momentos colectivos, a su vez, iniciaron nuevas prácticas funerarias que incluyen nuevos ritos sociales o religiosos para el tratamiento de los muertos. En este sentido, los colaboradores de este volumen han emprendido también la descripción de toda una economía –tanto material como simbólica– del tratamiento de los cuerpos.

Los diez artículos reunidos aquí muestran cómo los motivos que rigen la implementación de estas exhumaciones son muchos, variados y complicados, cómo pueden dar lugar a juegos de poder de variada intensidad, y cómo pueden poner a toda una sociedad en tela de juicio. Estas motivaciones pueden surgir en relación con la identidad y el recuerdo, con los lazos familiares o colectivos, con la política pero, también, no lo olvidemos, con la religión. Entonces, el estudio de estos motivos e intereses ilumina considerablemente el funcionamiento de una sociedad después de la catástrofe y la lenta construcción de un proceso de duelo colectivo. Estas cuestiones también abordan –un punto central para todos los estudios– la construcción del estatus simbólico y legal de los cadáveres. Piden nuevos estudios antropológicos de las relaciones de las sociedades contemporáneas con los restos humanos en todas sus formas: cadáveres enteros o desmembrados, esqueletos completos o huesos sueltos, tejidos, órganos, extremidades y,

por último, cenizas. De hecho, parece importante para nosotros entender lo que está en juego en el acto "exhumatorio" en sí y, por lo tanto, intentar, en la medida de lo posible, resituar la historia, la geografía y la sociología de estas exhumaciones masivas.

Uno de los primeros resultados de la investigación que aquí se presenta nos obliga, exactamente como era de esperar, a alejarnos de una narrativa triunfalista sobre la búsqueda e identificación de los cuerpos contribuyendo, siempre y en todas partes, a la marcha hacia la justicia y la verdad y hacia la curación de las sociedades posgenocidas. Como las exhumaciones no son todas virtuosas, y muchas cargan con su parte de conflictos, se abren nuevas brechas y nuevas preguntas. Nuestras obras también alientan la hipótesis de un verdadero cambio de paradigma en el recuerdo, un cambio del cual el giro forense constituiría tanto un síntoma como una causa. De hecho, parece que las sociedades involucradas en crímenes masivos, durante los últimos treinta años, han renunciado gradualmente a la construcción de una explicación inteligible de la violencia extrema a partir de la narración de los sobrevivientes, dando, en cambio, una atención especial a las pruebas materiales del desastre; entonces, los recuerdos colectivos ya no se obtendrían desde el paradigma testimonial sino desde el paradigma de la evidencia material.

Sin embargo, en tanto que las obras presentadas aquí, como las presentadas en la conferencia, tienen como objetivo abrir nuevas vías de investigación, también nos parece importante brindar real claridad a algunos puntos que se han mantenido oscuros hasta ahora. Por lo tanto, ciertos paisajes, ciertos incidentes de violencia masiva, y no sólo unos pocos, están en gran parte subdocumentados cuando se plantea la cuestión de la búsqueda de los cuerpos de las víctimas y, sin lugar a dudas, vemos una clara disparidad en los estudios existentes. Por ejemplo, no hay casi ninguna investigación sobre el tratamiento de los cadáveres, los restos humanos o las cenizas de los millones de judíos asesinados en el Holocausto, y aún menos de las otras víctimas del nazismo, como los gitanos Sinti y Roma. Del mismo modo, sabemos muy poco acerca de lo que pasó con los restos de las víctimas del genocidio camboyano. Y casi cien años después del desastre, hasta el momento no hemos visto ningún estudio sobre el destino de los cadáveres del genocidio armenio. Entonces, ¿la misma dimensión del asesinato masivo implica una singular dificultad en la planificación e implementación de la búsqueda e identificación de los restos humanos?

El aspecto lingüístico de las prácticas de búsqueda e identificación también sigue siendo, en gran parte, inexplorado. Todavía parecen ser decisivos los términos y la manera en que los restos humanos y los cadáveres son designados en diferentes contextos de violencia. Los casos de Argentina y Ruanda nos muestran que nombrar a los muertos representa,

muy a menudo, haber tomado ya una posición política. Un estudio del léxico utilizado en países en los que se llevaron a cabo exhumaciones –léxicos que pueden diferir en función de los agentes (terminologías vernáculas, nomenclaturas técnicas o científicas, o clasificaciones que emanan de la religión, la poesía o la jerga)– podría abrir nuevas perspectivas para la investigación a este respecto. La traducción de estos términos –por expertos tanto en medicina como en derecho forense, pero también por investigadores que estudian estos hechos sociales– merece ser objeto de atención y ser exhaustivamente analizada, ya que las palabras parecen tener mucho más sentido que el que en un principio parecen atribuirles los hablantes.

Las cuestiones específicamente éticas planteadas por la investigación sobre el destino de las víctimas de violencia masiva también podrían ser articuladas, aunque todos los profesionales implicados en esta investigación estén en contacto directo con los restos humanos. Como el manejo de estos restos, dentro de las instituciones culturales y de investigación, está enmarcado en la mayoría de los países occidentales en gran medida por los procedimientos legales y administrativos, todavía se llevan a cabo exhumaciones a gran escala que generan un conjunto de prácticas y situaciones sin precedentes que van más allá de los límites inicialmente concebidos por los legisladores. Además, los agentes presentes en la escena suelen actuar dentro de una visión ética personal, que no siempre se expresa plenamente, compuesta por una concatenación de normas sociales y religiosas y, a veces, por improvisaciones y construcciones simbólicas audaces. Estos enfoques, a menudo sincréticos y heterodoxos, merecen ser examinados y comparados (tanto en sus orígenes como en sus efectos) con los marcos éticos que rigen la investigación científica. A éstos hay que añadir los problemas planteados por la larga intimidad con la muerte y los muertos engendrados por el proceso mismo de la investigación académica, que algunos autores de este libro han tratado de documentar.

Al mismo tiempo, las ricas contribuciones de este volumen ofrecen mucho a la investigación, en primer lugar por el esclarecimiento de la lógica de los agentes de estas búsquedas, exhumaciones y procedimientos de identificación que, por lo general, implican metas competitivas. Podemos establecer una jerarquía de agentes, desde el individuo único cuya iniciativa puede causar un terremoto político (como fue el caso de España), a las instituciones estatales más poderosas como, en el caso de Guatemala, el ejército. Estos agentes pueden estar investidos con ideologías pero también con tradiciones religiosas milenarias. Sin embargo, las autoridades religiosas rara vez inician búsquedas que probablemente puedan ser vistas como afectando su propia legitimidad, en momentos en que ésta más bien exige ser fortalecida o restaurada. Estos agentes también viven dentro de una cultura material, incluso sensorial –pensemos en los

olores de cuerpos quemados o putrefactos, y los de los productos de limpieza de huesos– que es única, dentro de la cual también establecen nuevos puntos de referencia. Las contribuciones combinadas aquí muestran a este respecto la importancia de toda esta cultura material de las exhumaciones y del tratamiento de los restos humanos: ataúdes, mortajas, los uniformes usados por los patólogos forenses o su equipo y, también, por último, las lápidas individuales o colectivas y los monumentos erigidos en los sitios del nuevo entierro. Por lo tanto, según lo documentado por varios de los textos aquí reunidos, las nuevas prácticas sociales y culturales están, realmente, construidas a través de la búsqueda de cuerpos.

Las contribuciones reunidas aquí también ayudan a sacar a la luz una segunda lógica de los territorios y de su control. El estudio del tratamiento de los cadáveres durante la fase de masacre demostró la importancia de la geografía de los sitios de asesinato, y la topografía, los bosques, los ríos, etc. También subrayó hasta qué grado influyó la percepción antropológica del paisaje en el tratamiento de los cuerpos. También las exhumaciones parecen estar determinadas por esta geografía física y mental. Los textos de este volumen muestran, a menudo, el estado de los territorios formados por las fosas masivas y los hoyos que están en juego en la exhumación, así como su control y la propiedad. La pregunta generada por el saqueo de las fosas masivas está, por ejemplo, situada dentro de esta lógica, así como la apertura de fosas por agentes no acreditados, que se analiza en diversas contribuciones.

La tercera lógica que se desprende de este volumen es, por supuesto, la de la política. También las exhumaciones –principalmente– forman parte de un proceso de construcción de la comunidad o de construcción de un Estado posgenocida. Entonces, la búsqueda de los cuerpos siempre se lleva a cabo dentro de las limitaciones que quedan por negociar y los conflictos que quedan por resolver. Y hay muchos casos –como lo indican casi todos los textos aquí reunidos– en los que están involucradas las apuestas de la diplomacia, de la cuasidiplomacia de las organizaciones no gubernamentales y también las de la geopolítica. También surgen, dentro de este contexto, cuestiones de naturaleza específicamente jurídica sobre la legalidad de las exhumaciones e identificaciones ordenadas o protegidas por los tribunales nacionales e internacionales. A esta lógica sigue, en términos más amplios, la lógica de la justicia transicional.

Estos tres enfoques –mediante el poder de los agentes, el territorio y la construcción del Estado– son interdependientes en más de un sentido, y varios autores en este volumen muestran que podemos identificar reciprocidades entre ellos sin que por esto sea para ellos más fácil ser priorizados.

Así, en un texto que aquí sirve como preámbulo, Tony Platt describe el destino de las fosas de los nativos americanos en California. Desde otro punto de vista de la narrativa que describe este Estado como una

región liberal, como el hogar de empresas de alta tecnología, el capítulo muestra que la colonización europea se basa en la destrucción casi total de las poblaciones indígenas durante los siglos XVIII y XIX. A partir de una reflexión personal sobre la experiencia del duelo por su hijo, primero cuestiona los motivos de los agentes que participan en la búsqueda de fosas indígenas, pero también los de los científicos sociales que estudian el producto de esta búsqueda. Él explica cómo la negación del genocidio de nativos americanos se vio reforzada por la instrumentalización de las fosas indígenas y del saqueo sistemático de los objetos y de los huesos que contenían. Los huesos fueron enviados en grandes cantidades a los museos –Platt da la escalofriante cifra de 600.000 a un millón de tumbas que, por lo tanto, fueron abiertas y destruidas– pero también constituyeron enormes colecciones de los departamentos de antropología de la Universidad de California Davis. UC Davis sigue siendo, como tal, un verdadero osario. Al señalar esto, Platt advierte contra una lectura triunfalista de las exhumaciones, mostrando que, en cambio, pueden participar en la creación y la imposición de una amplia narrativa histórico-mítica a través de instituciones y público en general.

En la primera sección, dedicada a los agentes de la búsqueda e identificación de los cuerpos, Gabriel Finder muestra cómo los polacos judíos sobrevivientes del Holocausto trataron de dar un entierro digno a los miembros de su familia y de la comunidad en el período de la inmediata posguerra. Sin embargo, aunque el número de los cuerpos exhumados de fosas masivas y enterrados por segunda vez con una ceremonia oficial –y con oraciones judías– pueda parecer importante, representa sólo una fracción de los cuerpos de tres millones de víctimas judías polacas. El artículo analiza el impacto colectivo real de las iniciativas individuales realizadas localmente bajo el control estricto de las autoridades de ocupación soviéticas y transmitidas a distancia por las comunidades judías de la diáspora. Karel Berkhoff, a su vez, describe cómo el silencio de las autoridades soviéticas y ucranianas sobre la existencia de una gran fosa masiva de las víctimas de las purgas estalinistas fue, durante décadas, puesto en riesgo por muchos agentes: las tropas de ocupación alemanas durante la guerra, los ladrones de fosas y los nacionalistas ucranianos y polacos, con sus diferentes motivos, fueron los agentes cuyas acciones provocaron un esfuerzo caótico pero progresivo para marcar los sitios de la violencia, terminando en la construcción de un monumento oficial. Por último, José López Mazz explica cómo sólo un cambio político radical en Uruguay permitió la formación de una comisión para buscar los cuerpos de los desaparecidos durante la dictadura. Desde 2010, con la ayuda del conocimiento experto de los arqueólogos, esta comisión se involucró en la difícil tarea de exponer y eludir las estrategias de ocultamiento empleadas por los militares, sacando a la luz, poco a poco

y con paciencia, las evidencias físicas de la aplicación de la "Operación Zanahoria", que implicó la exhumación ilegal y la destrucción sistemática de los restos de las víctimas de la dictadura.

La sección sobre los medios y métodos empleados en la búsqueda de los cuerpos, se abre con el abogado ruso Viacheslav Bityutskii, director de una sección local de la ONG Memorial, que describe las únicas exhumaciones de los cadáveres de las víctimas de la purga estalinista que tuvieron lugar en territorio soviético en la región de Voronezh, al sur de Moscú. Al describir los muy limitados recursos desplegados localmente por un grupo de voluntarios para ejercer la tarea de exhumación en el transcurso de unos veinte años, analiza las razones del fracaso para completar el proceso de identificación, subrayando lo que sigue siendo la dimensión política de la exhumación e identificación de las víctimas después de más de setenta y cinco años de que los crímenes fueran cometidos.

Por el contrario, la siguiente contribución en la sección "métodos" ilumina el lado más tecnológico de esta investigación, centrándose, primero, en el desarrollo de nuevas técnicas para la identificación en la medicina forense, con especial atención a las cuestiones científicas y éticas que conlleva el uso de muestras de ADN (Fowler y Thompson). Al concluir esta sección, Jugo y Wastell muestran exactamente cómo la multiplicidad de las prácticas empleadas durante la exhumación e identificación de víctimas en Bosnia y Herzegovina pudo interrumpir el proceso al tiempo que ayudó a reconstruir la sociedad de Bosnia en su conjunto.

En una tercera y última sección, los colaboradores examinan los riesgos derivados de las exhumaciones. Nicky Rousseau, que es ella misma una agente de la transición hacia la justicia en Sudáfrica, aprovecha su doble filiación como investigadora y miembro de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación para describir y analizar las fuentes sociopolíticas de la búsqueda de cuerpos de militantes del CNA asesinados por la policía del régimen del *apartheid*. Así, la autora aclara no sólo las cuestiones de posicionamiento político, sino también las de clase social, que se crearon en torno a las familias que recuperaban el cuerpo de un ser querido. Por su parte, el historiador Rémi Korman analiza las interacciones y competencia entre las agendas de los diferentes agentes con relación a las exhumaciones en Ruanda. Él deconstruye las fuentes de los intentos del Estado para imponer una política funeraria y de homenaje que no siempre es la deseada por la Iglesia y los sobrevivientes, incluyendo la rutina de la anonimización de las víctimas vueltas a enterrar. El texto final del volumen se centra en el continente asiático. Frances Tay está interesada en las exhumaciones ordenadas en Malasia por los tribunales militares británicos durante la ocupación de la península, en el transcurso de los ensayos para las atrocidades japonesas. De hecho, estas exhumaciones han reflejado la política de restauración del régimen colonial,

mientras que el proceso de memorialización de las víctimas –que más tarde provocó otras exhumaciones– reveló la importancia de la minoría china en la construcción de un Estado independiente de Malasia. En este sentido, la última sección del volumen ofrece una transición perfecta para los estudios más extensos que queremos llevar a cabo para dirigir la atención hacia el destino de los cadáveres y los restos humanos en los procesos conmemorativos y patrimoniales.

En última instancia, las diez contribuciones a este volumen muestran tanto la diversidad de situaciones como las posibles interpretaciones que pueden surgir de la búsqueda de los cuerpos producto de la violencia masiva y el genocidio. Muestran cómo el real drama del destino humano, de los seres humanos frente a su propia muerte, volvió a escena en el siglo xx y está volviendo a escena hoy; un drama que es aún más incomprensible en situaciones de muerte masiva, de muerte no individualizada, cuando se trata de un asesinato a gran escala. Las exhumaciones, como manifestaciones de una voluntad de aprender, también de un deseo de ver y entender, parecen representar, en este sentido, una de las muchas respuestas de la sociedad al misterio de la muerte violenta masiva.

Bibliografía

Anstett, É. y Dreyfus, J.-M. (2014). *Destruction and Human remains: Disposal and Concealment in Genocide and Mass Violence*. Manchester: Manchester University Press.

Anstett, É., Dreyfus, J.-M. y Garibian, S. (2013). *Cadáveres impensables, cadáveres impensados. El tratamiento de los cuerpos en las violencias de masa y los genocidios*. Buenos Aires: Mino y Dávila.

Berkhoff, K., *XXX, Lessons and Legacies* conference, septiembre de 2014.

Dreyfus, J.-M. y Anstett, É. (2016). *Human Remains in Society. Curation and exhibition in the aftermath of genocide and mass-violence*. Manchester: Manchester University Press.

Finder, G. (2008). Yizkor! Commemoration of the Dead by Jewish Displaced Persons in Postwar Germany (pp. 234-257). En A. Confino, P. Betts y D. Schumann (eds.), *Between Mass Death and Individual Loss: The Place of the Dead in Twentieth-Century Germany*. Oxford, New York: Berghahn Books.

Koff, C. (2004). *The Bone Woman: Among the Dead in Rwanda, Bosnia, Croatia and Kosovo*. London: Atlantic.

Marcuse, H. (2001). *Legacies of Dachau: The Uses and Abuses of a Concentration Camp, 1933-2001*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pau-Heyriès, B. (2008). La démobilisation des morts français et italiens de la Grande Guerre. *Revue Historique des Armées*, *250*, 66-76. Disponible en: [http://rha.revues.org/185] (consultada el 19 de febrero 2014).

Snow, C. C. (1982). Forensic anthropology. *Annual Review of Anthropology*, *11*, 97-131.

Snow, C. C., Levine, L., Lukash, L., Tedeschi, L. G., Orrego, C. y Stover, E. (1984). The investigation of the human remains of the "disappeared" in Argentina. *The American Journal of Forensic Medicine and Pathology*, *5* (4), 297-299.